

Cábala Caníbal, de Daniel Villamediana

Cábala Caníbal es una película que aplica la cábala judeoespañola al cine, creando una nueva forma de trabajar la memoria histórica y la personal. La verdadera historia de España es una historia oculta bajo la tierra. La expulsión de los judíos supuso también el olvido de toda su cultura y sabiduría. También ha sucedido con algunos heterodoxos españoles, alquimistas, poetas o místicos que se vieron influenciados por toda aquella cultura hispanojudía y que han sido reiteradamente ignorados.

Cábala Caníbal, Daniel Villamediana, 2014, 63 min. Proyección en video.

Con la presencia del autor, el productor Luis Miñarro y otros miembros del equipo.

La cábala surge primero en el sur de Francia en siglo XII y de allí pasa a Cataluña y luego a Castilla, donde florece gracias a su obra cumbre, “El libro del esplendor” (El Zohar), clave de la mística judía. Fue escrito en el siglo XIII en Ávila, donde siglos después, exactamente en el mismo lugar, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, escribirían sus famosos textos. Una tradición oculta, la cábala, que esta película trata de desvelar y que también influiría a otras figuras que aparecen en el filme, como Walter Benjamin o el poeta Eduardo Cirlot.

Al igual que en la cábala, donde cada letra del Pentateuco (los primeros cinco libros de la Biblia) se puede relacionar con muchas otras letras o palabras, creando infinitas combinaciones, buscando tras ellas a Dios o un camino de sabiduría, *Cábala Caníbal* combina mediante el montaje cinematográfico, distintas imágenes canibalizadas de la realidad, de Internet, la televisión, y del mismo cine. Con ello, se pretende crear una nueva forma de pensar y de recordar, de unir historias, personajes e imágenes. La película canibaliza todo tipo de materiales al mismo tiempo que se canibaliza a sí misma, en un proceso continuo de ingestión y creación de nuevas imágenes.

Así, el montaje es el elemento clave de este filme, que trabaja a distintos niveles. Por un lado a través de la doble pantalla, que permite relacionar imágenes en paralelo, que dialogan entre sí, y por otro, a través de los plano que las preceden y siguen. De esta forma, la cantidad de relaciones, referencias y choques que se producen entre estos y la voz en off, convierten a *Cábala Caníbal* en una obra en continuo movimiento,

que se escapa de la linealidad, para aproximarse al funcionamiento de nuestra memoria, caótica y rizomática al mismo tiempo. Una película ensayística y de ficción, que explora el cine como una forma de descubrir y actualizar una tradición, la sefardí, clave en la cultura española y europea.

§

Había un muro encalado en yeso que separaba la casa del patio de los vecinos de la de mi tatarabuelo. Era abultado y de adobe. No era una casa regia. A veces asomaba un poco de paja del barro con el que se confeccionaban los ladrillos de adobe, o crecía una telaraña bajo un trozo de cal levantado por la humedad. Eran casas de tierra, frescas en verano y calientes en invierno. Un trabajo continuo de mantenimiento, palabra ésta que antes no se utilizaba porque siempre se estaba llevando en práctica. Solo visité una vez aquella casa, poco después de que muriera mi bisabuelo Nemesio. Tenía dos plantas y un patio ya abandonado a la maleza, lleno de espigas, cardos y altos yerbajos secos. Llevaba muchos años abandonada a su suerte. Apenas recuerdo el piso de arriba, donde estaba la cama con un colchón también abultado. En aquellas casas no había nada regular o llano. Todo tenía peso y volumen, imprecisión y verdad. ¿De qué estaban llenas las cosas? Era difícil saberlo. El suelo de madera gris, nunca barnizado, tablas llenas de astillas y nudos como ojos enfurecidos de ciego. Algunos libros viejos de agricultura, devocionarios y manuales del colegio, que aun conservo. Siempre he guardado al menos lo que queda.

Una capa que extendida en el suelo formaba una perfecta circunferencia. Gruesa como un dedo. Calculé que debía pesar más de diez kilos y que mi tatarabuelo era al menos veinte o veinticinco centímetros más bajo que yo. Su nombre, Rafael, lo conocí por primera vez porque estaba cosido en una manta. Azul. Esa fue la primera vez que supe de su existencia, a partir de un manta guardada dentro de un armario en casa de mi abuelo en Valladolid. La mesilla de noche, sin adorno alguno. Sobre ella reposaba una bola de cristal, aunque parezca un tópico, algo que no deja de ser una repetición, con un paisaje dentro nevado. Al agitarla, pequeños puntos blancos se movían en el agua. ¿Dónde había sido comprada? ¿Quién introdujo ese agua? Quizá tenía ochenta años. Es raro encontrar agua de tanta antigüedad y, sin embargo, la dejamos allí, como tantas otras cosas. Mi madre me contó que también había una pianola que destruyeron en el patio para hacer fuego. Nadie comprendió el valor de aquel objeto, solo su falta de utilidad. Fue en ese mismo patio, antes del vecino, donde estaba la pared que yo nunca vi porque ya la habían tirado medio siglo antes. Mi tatarabuelo, a finales del siglo XIX, había comprado a la vecina, ya viuda, la casa contigua para tener un pequeño patio y otro par de habitaciones en las que meter a sus hijos. Su marido había muerto de tuberculosis y su mujer había decidido irse a vivir, o más bien a morir, con sus hijos en la cercana ciudad de Palencia. Dentro de aquella pared que separaba las dos casas, escondida entre pequeñas piedras y barro, hallaron una caja de plomo. Ya no queda ni caja ni plomo, ni el códice que contenía en su interior. Tras descubrirla mi tatarabuela entre los escombros, y persignarse convenientemente, se la llevó al párroco de la Iglesia de Santiago, que estaba al final de calle. Es un edificio de origen románico, todavía en pie, levantado sobre piedra caliza y con añadidos del periodo gótico del siglo XV. La espadaña, el zaguán de entrada y el cuerpo del ábside son del XVIII. Lo más llamativo son los canecillos, unas piedras labradas que asoman por los muros exteriores. En ellas se ve a un hombre y a una mujer en actitud obscena sobre las que nadie en el pueblo se preguntó nunca nada. El párroco, al ver el contenido, dijo que él se encargaría, que aquello era cosa de marranos, y se llevó la caja a la sacristía. Nunca se volvió a saber de ella. Esta historia pasó de mi tatarabuela a mi abuela, beata y lectora compulsiva de las Obras completas de Santa Teresa de Jesús, hija de conversos judíos, aunque nunca supe que

debía de ver en ellas ni qué entendía exactamente. Todavía conservo su edición de la Biblioteca de Autores Cristianos, de un intenso rojo. El éxtasis y mi abuela, son dos términos que me cuesta relacionar. El otro dato que conservo es que dentro de la caja había algo escrito en una lengua incomprensible. Desconozco si mi bisabuela sabía leer, pero imagino que podría reconocer las letras igual que se reconoce un dibujo, y aquellas se le hicieron extrañas. Probablemente porque lo que vio estaba escrito en hebreo. La caja, muy oxidada, conservaba algo del color del plomo, y del texto no me ha llegado más información de que se caía a trozos. Pared, caja de plomo, manuscrito, aunque esta no fue la palabra que utilizó mi abuela, sino legajo, cura y judío. Estas son las palabras necesarias para componer una historia.

Fue una costumbre entre algunos conversos o criptojudíos del siglo XV hasta el XVII, esconder los textos sagrados dentro de cajas o de rollos de metal, ya fuese para ocultarlos frente a los vecinos o los malsines, los delatores de la Inquisición, o para que no pudiesen quemados en un futuro. Generalmente se trataban de obras manuscritas con textos del Talmud u oraciones en hebreo que se prestaban entre los parientes. Julio Caro Baroja cuenta que él mismo, siendo chico, vio escondidos en el interior de una mesa del siglo XVIII dos rollos de oraciones en hebreo. Muchas paredes han caído y desvelado sus secretos, y muchas otras simplemente han mezclado los escombros con los tesoros. Pienso en el gesto de esconder la palabra en el interior de un muro, en la sacralización del texto. En escarbar en la pared para hacer un hueco e introducir el precioso manuscrito que quizá nunca más volvamos a ver pero que seguirá conteniendo las palabras que quizá sirvan para otros. Que hará murmurar las paredes durante la noche. Un muro de lamentaciones donde guardar los deseos. ¿Cuántas de esas cajas todavía duermen junto la cabeza de los nuevos habitantes de esas antiguas paredes? Quizá alguna letra hebrea se escape de vez en cuando y viaje hasta el interior del oído del durmiente y éste tenga sueños extraños, en los que huye sin saber adonde, en los que tropieza con cuerpos que no reconoce, en los que viaja en barcos de los que nunca podrá escapar y en los que habla una lengua que dejó de pertenecerle.

Textos de Daniel V. Villamediana

Próxima proyección: **Ruido y paisaje sonoro en el cine estructural.**

Jueves 18 de febrero, 20.00h.

